

H
205
Vezim
C.R.

g

Año XII, Nº 43

Julio, 1921



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

“VIRYA”

REVISTA TEOSÓFICA

ORGANO DE LAS LOGIAS DE COSTA RICA

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidas para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

FRANZ HARTMANN.

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.

APARTADO NÚMERO 206

SUMARIO:

<i>Permanente</i>	
<i>La Fiesta del Loto Blanco</i>	Por LA REDACCIÓN
<i>De la «Luz de Asia»</i>	
<i>La empresa del bueno</i>	» RODOLFO MENÉNDEZ
<i>La plegaria del dolor</i>	» ANA ROSA CHACÓN
<i>Dios no se asoma a las pupilas turbias</i>	» ROGELIO SOTELA
<i>Fiesta del «Loto Blanco» en un Centro Teosófico</i>	» J. MAX. OLANO
<i>Párrafos del discurso de clausura pronunciado por</i>	» VTE. CORRALES REALES
<i>El Sendero del Discipulado</i>	» ANNIE BESANT
<i>Algunas palabras sobre la vida interna</i>	
<i>Los Maestros</i>	» »
<i>Referencia de la labor emprendida por Mrs. Besant en la India</i>	» »
<i>El Sello de la Sociedad Teosófica</i>	» A. B.
<i>De última hora</i>	» T. P.
<i>Asuntos diversos</i>	» LA REDACCIÓN

IMPRENTA ALSINA, SAN JOSÉ, COSTA RICA

PARA INFORMES, PODRAN DIRIGIRSE

Presidente: — MRS. ANNIE BESANT, The Theosophical Society Adyar
Madras, India inglesa.

Secretarios Generales en las Secciones

AMÉRICA DEL NORTE:—Mr. L. W. Rogers, Krotona, Hollywood, Los Angeles,
California.

INDIA:—Babu Sahab, Purnendu Narayana Sinha, T. S., Benarés City, U. P.

INGLATERRA:—H. Baillie-Weaver Esq., Ll. B., 19 Tavistock Square,
London, W. C.

AUSTRALIA:—Dr. J. W. Bean, 69 Hunder, Street, Sydney, N. S. W.

ESCANDINAVIA:—Erik Cronvall Esq., Ostermalms-gatan 75, Stockholm,
Suecia.

NUOVA ZELANDA:—J. R. Thomson Esq., 351 Queen Street, Auckland.

HOLANDA:—Miss C. W. Dykgraaf, Amsteldik 76, Amsterdam.

FRANCIA:—Monsieur Charles Blech, 4 Square Rapp, París VII.

ITALIA:—Signor Emilio Turin, Via Giosue Gianavello 11, Luserna S. Gio-
vanni, Torino.

CUBA:—Señor don Rafaél de Albear, Apartado 365, Habana.

HUNGRÍA:—Pr. Robert Nadler; Tere, 4, III, Budapest, IV.

FINLANDIA:—Dr. Willie Ängervo, Aggelby.

RUSIA:—Mme. A. Kamensky, Ivanovscaya 22, Petrogrado.

BOHEMIA:—Herr Jan Bedrnicek, Dolni Sarca, 275, Praga; Podbaba.

ÁFRICA DEL SUR:—Miss M. L. Murchie, 745 Ridge Road, Durban-Natal.

ESCOCIA:—Mr. D. Graham Pole, Esq. 28 Great King Street, Edimburgh.

SUIZA:—Mlle. H. Stephani, 3 Cours des Bastions, Geneva.

BÉLGICA:—Gaston Polak, Esq. 45, Rue de Loxum, Bruselas.

INDIA HOLANDESA:—D. van Hinloopen Laberton Esq., 19 Museumweg,
Buitenzorg, Java.

BIRMANIA:—A. Verhage Esq., Maitreya Lodge, Thingangyun, Rangoon.

NORUEGA:—Miss. Eva Blutt; Haristeensgt, 9, Cristiania.

EGIPTO:—Egizio Veronesi Esq., P. O. Box 50, Cairo.

DINAMARCA:—Condesa Billie Brahe Selby, Steensgaard, Fyen.

IRLANDA:—P. Leslie Pielou Esq., Annandile, Sandford Road, Dublín.

CANADÁ:—Mr. Albert E. S. Smythe, 22 Glen Glove Ave. Toronto.

MÉXICO:—Señor Agustín Garza Galindo, Apartado 1475, México, D. F.

REP. ARGENTINA:—Señor F. Vallés Vargas, Moreno 135, Buenos Aires.

CHILE:—Señor Armando Zanelli M., Casilla N^o 548, Valparaíso.

BRASIL:—Señor Raimundo P. Seidl, Rua General Bruce 112, Río de Janeiro.

Agentes Presidenciales

ESPAÑA:

Sr. Julio Garrido.

Otras referencias

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:

Sr. Alejandro Sorondo, 1575, Callao, en Buenos Aires, y señor Fe-
derico W. Fernández, 2415, Av. Avellaneda, (Flores) Buenos
Aires.

EN LA REPÚBLICA URUGUAY:

Montivideo.—Sr. F. Díaz Falp, Cerro Largo, 32.

EN LA REPÚBLICA DE CHILE:

Valparaíso.—Dr. E. Morizot, Salvador Donoso, 70.

“VIRYA”



HELENA PETROVNA BLAVATSKY

“VIRYA”

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO XII

SAN JOSÉ, COSTA RICA, JULIO DE 1921

NÚM. 43



Permanente

La “Sociedad Teosófica”, que fué fundada en 1875 por Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar, Madrás, — India Inglesa,— siendo su Presidente actual Mrs. Annie Besant, en virtud de elección general de teosofistas de todas partes del mundo. Las Logias establecidas en Centro América, por dicha Sociedad, son dependientes de la Sección Cubana, de la cual es Secretario General don Rafael de Albear.

Hacemos esta advertencia a nuestros lectores, para evitar errores y posibles confusiones con cualquiera otra Sociedad, que, habiendo adoptado el mismo nombre y empleando términos teosóficos o palabras tomadas de las enseñanzas de la Sociedad Teosófica, pretenda pasar por tal, desorientando así, tal vez, a muchos investigadores sinceros que desean conocer nuestras doctrinas.



La Fiesta del Loto Blanco

EL día 8 de mayo último, a las 19 horas, principió la velada conmemorativa del paso a otra vida de H. P. B., en su trigésimo aniversario.

El señor don Enrique Jiménez Núñez, apreciable compositor, dirigió la orquesta en la que figuraron sólo composiciones suyas, empezando con la que se intitula «Al Maestro», a la que siguieron «Good by», «Berceuse» y «Dolores», todas ellas influidas de un intenso hálito espiritual.

Se inició la parte literaria después de leído un capítulo del Bhagavad Gita, y un fragmento de Luz de Asia, con la disertación del señor don Tomás Povedano, en su carácter de Presidente y Fundador de la primer logia teosófica en Centro América, VIRYA, disertación encaminada a demostrar cuán trascendente ha sido la influencia del tesoro de enseñanzas que del Oriente nos trajera la incomparable Fundadora de la Sociedad Teosófica, enseñanzas que vienen compenetrando a todas las ciencias, filosofía, literatura y artes, y preparando, que quieras que no, los regeneradores senderos de Fraternidad y Amor en que han de ser inspiradas las direcciones de la era nueva, cuya aurora alborea entre los conflictos, vacilaciones y dudas que agitan al mundo.

Demostró la equivocada idea, de que la Teosofía se

señale por sus enemigos como enemiga de las religiones, tan necesarias a la masa general humana, cuando la Sociedad Teosófica solamente se ha propuesto demostrar cual es la pura fuente de que las grandes religiones proceden, su identidad de origen, la necesidad de que se harmonicen constituyendo así el verdadero Catolicismo, la Religión universal, para lo cual se requería que fuesen reorganizándose, desprendiéndose de las impurezas con que viene manchándolas el egoísmo y la ignorancia. Determinó luego el orador la diferencia que existe entre los conceptos Religión y Dogma, y terminó sugiriendo que no nos desalentara la ola de fanatismo que arrecia y nos rodea por todas partes: que cuando llega la hora de la madurez de los frutos, no hay poder humano que pueda impedirlo, y que debíamos confiar en la nobleza de nuestros propósitos sin temor a la maledicencia ni al sacrificio.

Siguieron inspiradas recitaciones y lecturas por varios distinguidos miembros de la Sociedad, cuyas labores se irán oportunamente dando a luz, entre las cuales citamos a la señorita Esther de Merzeville, la señorita Nora de Espinosa, la señorita Ana Rosa Chacón, el señor Boza Cano, el Profesor señor Carlos Luis Salazar, el delicado poeta señor don Rogelio Sotela, y el conceptuoso pensador señor don José Monturiol.

La velada terminó como de costumbre, entre una ola de fraternal alegría, echando de menos a los hermanos ausentes, y con un modesto refrigerio de dulces y helados.

La logia Dharana estuvo representada por la señorita Mercedes Montalto, por ausencia de su digno Presidente.

LA REDACCIÓN

*
* *

Con verdadera satisfacción reproduciremos luego la reseña que de la misma fiesta nos ofrece el «Diario Latino» de El Salvador, por cuyo lucido acto felicitan a sus honorables coasociados de aquella República los de Costa Rica.

*
* *

De la "Luz de Asia"

ESTO basta para comprender las apariencias, los Cielos, los Mundos y los cambios que los modifican, rueda poderosa que gira, movida con ahinco por la lucha y la fuerza, sin que nadie pueda detenerla ni ir en sentido inverso de su movimiento. No supliquéis. No se iluminarán las tinieblas. No pidáis nada al silencio, porque no puede hablar. No atormentéis por piadosos sufrimientos vuestros espíritus afligidos. ¡Ah!, Hermanos, Hermanas, no esperéis nada de los dioses implacables, ofreciéndoles himnos y dones; no pretendáis conquistarlos con sacrificios sangrientos; no los alimentéis con frutos y pasteles; hay que buscar nuestra liberación en nosotros mismos; cada hombre se crea su cárcel, cada uno tiene tanto poder como los más poderosos; porque para todas las Potencias que están encima, al rededor y debajo de nosotros, como para las criaturas de carne y todo lo que vive, el acto es el que hace la alegría o el sufrimiento. Lo que fué trae lo que es, y lo que será, mejor o peor, el último para el primero, el primero para el último, los Angeles de los cielos bienaventurados recogen los frutos de su pasado santo: los demonios en los mundos inferiores llevan la pena de las acciones malas que en otro tiempo cometieran; nada dura; las bellas virtudes caen en ruina con el tiempo, así como los pecados inmundos se purifican. El que penó como esclavo puede volverse más tarde un príncipe, gracias a sus virtudes benéficas y a los méritos que adquirió; el que fué Rey puede vagar sobre la tierra harapiento, a causa de las cosas que hizo y de las que omitió hacer. Podéis elevar vuestro destino por encima del de Indra, y

hundirlo más bajo que el del gusano de la tierra o el átomo; miriadas de existencias terminan en el primer resultado, miriadas de otras en el segundo. Sólo que mientras que gira la rueda invisible, no hay ni paz, ni tregua, ni parada; el que asciende puede caer, el que cae puede ascender; los rayos giran incesantemente.

*
* *

Composición declamada con exquisita dulzura y acierto por la interesante niña Nora Espinosa, que fué saludada con nutridos aplausos.

La empresa del bueno

Ir derramando luz en las conciencias,
difundir la verdad en los humanos,
y librar con las artes y las ciencias,
del ocio, los cerebros y las manos.

Unir en una sola aspiración bendita
y en un sólo interés las voluntades,
la palabra de Dios dejar escrita,
la ley moral en campos y ciudades.

Sembrar doquiera el bien con el ejemplo
y el pan del porvenir con la enseñanza,
transformar con amor la escuela en templo
y el templo en un escuela de esperanza.

Esparcir las virtudes que en la tierra
extinguen lo que mancha y envilece,
declarar a los vicios odio y guerra
y amar lo que nos honra y engrandece.

Cumplir el gran precepto que levanta
y salva a los mortales del abismo;
aquella hermosa ley tres veces santa
«Al prójimo has de amar como a ti mismo.»

Darle reposo al corazón inquieto
con enseñanzas de sin par ternura
y los rayos de luz del alfabeto
verter del niño en la conciencia pura.

Mostrar unida en lazos fraternales,
a la niñez, la reina del futuro,
que ante Dios y la ley somos iguales
el rico, el pobre, el grande y el oscuro.

Que faz de cobre, de ébano o de arminio
obtienen ante Dios la misma palma,
pues la suma bondad de su cariño
tan solo de un color les hizo el alma.

Enseñar que las penas de aquí abajo,
la orfandad, la miseria, el abandono,
se curan con estudio y con trabajo,
colocando el amor en regio trono.

Infundir en las almas fe y aliento
para ser en la lucha las primeras;
amar la libertad del pensamiento,
sin distinción de razas ni fronteras.

Es lo que anhela, sí, lo que ambiciona
quien tiene un corazón sensible y bueno;
del hombre honrado la mejor corona
es, cumplir el deber de gozo lleno.

¡No temáis desengaños, ni rencores!
Si sólo amor y paz vuestra alma encierra,
aunque piséis espinas y no flores,
seguid sembrando el bien sobre la tierra!

RODOLFO MENÉNDEZ

La plegaria del dolor

A H. P. B. en el día del «Loto Blanco».

SELVA exuberante, claridad de luna, susurro del viento, murmullos de la fuente, perfume de flores y de ensueño embriagan la mente y el corazón del caminante.

Bella es la selva y sus encantos retienen al viajero, que descuidado se sienta a la vera del camino, olvidándose de que allá lejos, en la cima, hay alguien que le espera.

La dicha y el placer le ocultan la carrera del tiempo... y, se aletarga y adormece, y sueña... sueña mucho...

Un relámpago que deslumbra y un trueno ensordecedor conmueven la selva toda. El viento, antes susurrante y portador de los murmullos de la fuente, es ahora huracán desatado y furioso que reduce a escombros lo que encuentra a su paso, aun a los árboles más añosos y robustos. Todo es estrépito y horrenda confusión. El viajero despierta y ante su mirada atónita la horrible tempestad se manifiesta, y sobrecogido de espanto piensa entonces en la casita de la cima, que aun está tan lejos! Quiere emprender con empeño, sin tardanza, el camino para llegar a ella, pero los desastres del huracán y la lluvia le han ocultado el sendero. Luz, en aquellas tinieblas y en aquel desamparo? Calor que reanime sus entumecidos y sangrantes pies para salvar los escollos del camino? Llama, grita y se desespera! Nada ni nadie le responden! Apenas si el ronco trueno parece hacerse eco de su angustia! Entonces, llora, llora y las lágrimas brotan de su corazón y llegan a sus ojos convirtiéndolos en un manantial de aguas

salobres e hirvientes... El manantial se desborda, y cual si cada gota de estas aguas amargas, se convirtiese, al tocar el suelo, en un átomo de luz, van formando un sendero nuevo y luminoso que el caminante sigue y sigue y, ya divisa la casita blanca de la cima en donde crepita la hoguera, y alguien le está esperando!

.....
¡Oh huracán, tempestades y dolor, venid siempre y despertad mi alma adormecida en las encantadas selvas de la vida! Oh lágrimas hirvientes y salobres vertidas por mi corazón, caed en el sendero que transito y convertíos en luz, y así conducidme a la casita blanca de esa cima, a ese santuario en donde hay una hoguera que recalienta e inunda el espíritu de paz, de devoción y Amor.

ANA ROSA CHACÓN

8 de mayo de 1921,

*
* *

Dios no se asoma a las pupilas turbias...

«Cierto, en ti está Dios»...

ISAFAS, XLV; 14.

Dudas de Dios y sin embargo, veo
que lo llevas adentro...
Está en ti, como está en todos los hombres,
pero en ti, por ti mismo, hace silencio.

Ahora que te pones pensativo
y que miras al suelo
con una inquieta angustia que ennoblece
tu propio pensamiento,
miro al Dios que hay en ti: un Dios callado
que espera, ha mucho tiempo.

Miro ahora en tus ojos
y me ha parecido ver en ellos
un extraño fulgor, como si tu alma
los hubiera encendido de momento.

Recógete en ti mismo, busca, mira...
Y ya verás que Dios estaba adentro!

.....

«Como es arriba todo es aquí abajo»;
Dios es omnipresente
y tu te esfuerzas por buscarlo arriba...
Ya verás, Dios está donde lo encuentres.

Pero mírate a ti, busca primero
si en ti algún cielo tienes
donde pueda vivir el Dios que buscas;
si no tienes un cielo, ese Dios duerme...

Muchos lo buscan solamente arriba
y no ven que a sus propios pies lo tienen.
Dios es la plenitud de toda cosa,
el aliento presente
que pone en el gusano una crisálida
para que a Él se eleve,
que ha regado en la tierra savia, y junta
y ordena las especies;
el mismo que apareja las palomas
y da vida a los astros y a los peces
y miel a las abejas, y reviste
a los «lirios silvestres»;
el mismo que dejó el árbol impreso
entero, en la simiente.

Dios no se asoma a las pupilas turbias
sino que como el agua de la fuente
se verá sin trabajo
si limpio es el jarrón que la contiene.

ROGELIO SOTELA

1921.

Recitados por su autor la noche de la fiesta del Loto Blanco y vivamente aplaudido.

*
* *

Fiesta del "Loto Blanco" en un Centro Teosófico

EN el almacén de muebles de don Ramón Avilés, situado frente a la Dirección General de Telégrafos y Teléfonos, tuvo lugar antenoche la fiesta con que la Sociedad Teosófica conmemoró el aniversario de la muerte de la fundadora de esta Institución universal.

La concurrencia de señoras, señoritas y caballeros era selecta y distinguida.

Abierta la sesión por el Presidente de la Sociedad, y leída el acta, dió principio la fiesta del «Loto Blanco», con el desarrollo del sugestivo programa siguiente:

I, Discurso de apertura, por el doctor J. Max. Olano. II, Gran dúo de violines, sobre motivos de la ópera «Lucía de Lammermoor, con acompañamiento de piano (Donizetti-Aberle), ejecutado por la señorita M. Angela García P. y los hermanos Francisco y José López N. III, «La primera piedra», poesía recitada por la niñita Teresita Avilés. IV, «La serenata d'Arlecchino» (Drigo), canto por doña Mirta de Tinetti. V, Alocución por el doctor don Reyes Arrieta Rossi. VI, «Come le Rossi» (Lame), canto por doña Mirta de Tinetti. VII, Discurso de clausura, por el doctor Vicente Cortés Reales.

He aquí algunos párrafos del conceptuoso discurso leído por el doctor don J. Max. Olano:

Señoras, señores:

La festividad del Loto Blanco tiene por objeto glorificar la memoria de H. P. B., fundadora de nuestra S. T. Es una sencilla pero profunda manifestación espiritual, que viene, año con año, a reconfortar los lazos de unión, para mantener más vivo, si cabe, nuestro respeto y adhesión por aquella insigne y privile-

giada mujer, cuya vida entera dedicó, con alma y corazón, en lucha tenaz y no exenta de peligros, a la propaganda de los principios filosóficos que forman la base de nuestra S. T. De espíritu indomable, cual conviene a todo luchador que ha de soportar penalidades sin cuento y la oposición sistemática de potentes intereses creados, ella no vaciló en sus nobles empeños, porque tenía plena fe y convicción muy honda de las nuevas verdades que habría de esparcir a los cuatro vientos; además se sentía fuertemente apoyada por sus mentores espirituales para tener la seguridad de que la obra por ella iniciada habría de encontrar leales sostenedores y amorosos prosélitos. Y así fué. La muerte la sorprendió en su puesto de luchadora victoriosa y voló al más allá llevando el convencimiento de que su labor era fecunda y que su actual sucesora, como Presidente de la S. T., por ella designada, habría de completar el movimiento de propaganda y trabajaría en un ambiente más sereno para establecer el núcleo de una fraternidad universal, basada en los verdaderos sentimientos de amor, de altruísmo, sin mezquinos intereses, apartando las vanidades de casta y de color y haciendo un fuerte llamamiento a los hombres de todas las naciones para hacerles olvidar sus odios de raza y juntarse todos, como hijos de una misma y pródiga madre, a beber en la más pura fuente el conocimiento de la verdadera ciencia, la que da luz y consuelo al través de los sufrimientos del mundo y no la que extravía el espíritu y lo precipita en los abismos del no ser.

La S. T. tal cual la fundamentó H. P. B. no es, como se pretende por algunos hacerla aparecer, una religión, al igual de las innumerables sectas en que se dividen las creencias humanas, no, ella está sobre todas porque no sustenta más que principios de ciencia inmutables y obliga el amor mutuo sin distingos, que es base de paz, de armonía y de felicidad perpetua; ella no impone creencias, ni dogmas que repugnan a la libertad del pensamiento y encadenan las conciencias, rebajando con ello la condición humana a valladares que postergan o detienen el progreso en sus más altas finalidades. La civilización occidental del siglo XIX necesitaba de un movimiento de este género, porque los inventos de toda especie, muchos de ellos peligrosos de manejar, habían propulsado la humanidad a vertiginosas evoluciones,

tanto en el orden social, como en el político y religioso, las desmesuradas ambiciones de poder, de riqueza y de glorias vanidosas empujaban a los pueblos a locas rivalidades y a insanos predominios, y esto, unido a la mayor corrupción de las costumbres que el lujo y las holguras mundanas traen consigo, hacía necesaria la intervención de las potencias ocultas del Bien para cambiar el rumbo de la humanidad extraviada. Entre los varios modos de obrar de esas potencias ocultas para conseguir el mejoramiento de los hombres en su verdadero progreso intelectual y moral, existe el de formar núcleos de gente docta y aleccionada en las incomparables enseñanzas del sufrimiento para acuerpar los principios e ideas de moral universal, revestidas de sencillas formas y predicadas sin violencias, para que las conciencias vuelvan sobre sus pasos rectificando los errores que apareja todo avance intelectual excesivo en desequilibrio con las prácticas del bien y del amor del prójimo.

A H. P. B. tocó desempeñar esa elevada misión que echó a sus hombros sin temores ni desalientos, desarrollando en su obra esfuerzos sobrehumanos, pues así se necesitaba para vencer los primeros obstáculos; de su espíritu fuerte y altivo y de su corazón generoso, brotaron las ideas y se iluminaron los sentimientos que habrían de conmover a los incrédulos; sus ideas altruistas indicarían a los buenos cuál habría de ser el sendero de perfección que conduce a la dicha inmutable con que sueña toda honrada conciencia. Esta fué la obra inicial de H. P. B. y al fundar la S. T. sentó las bases de un movimiento de reforma que no se detiene ni se detendrá por ningún motivo hasta alcanzar el ápice de su evolución grandiosa y regeneradora; los tiempos y sólo los tiempos dirán hasta dónde es posible alcance el beneficio de ese impulso por ella dado para conseguir la enmienda de las conciencias, haciéndolas más felices porque las aproxima a su Creador.

Pero si grande y difícil fué para la valiente maestra B. la fundación de la S. T., más grande y más difícil nos parece la obra escrita. Escritores de nota han juzgado de monumental su grandiosa producción DOCTRINA SECRETA, libro lleno de erudición y de profunda sabiduría, y en verdad, que todo elogio que de esa obra pudiéramos hacer resultaría pálido ante los mere-

cimientos de semejante creación, cuyos insondables conceptos parecen emanar no de un cerebro humano, atajado siempre por limitaciones y prejuicios, sino por un organismo sui géneris, digno de reflejar en palabras los excelsos principios y maravillosas explicaciones de la evolución del Cosmos.

H. P. B. se ha conquistado, pues, un lugar preferente en la Historia de la Humanidad, y cabe a nosotros el derecho de glorificar su memoria en la intimidad de nuestras Ramas, hijas de la S. T. madre, para hacer perdurable nuestra admiración y patentizar nuestro amor en la festividad de esta noche, que llamamos la fiesta del Loto Blanco. Ningún símbolo sería más adecuado para expresar el concepto teosófico de la vida humana al través de su penoso caminar por el mundo y por los siglos; el hombre tiene que recorrer la inmensa evolución de las formas, sin las cuales no es posible concebir cómo habría de cumplir sus experiencias, ya que la vida en esta tierra no tiene otra finalidad que acumular experiencias y quien dice experiencias dice placeres y dolores. La flor del loto surge de las aguas y expande su inmaculada corola para recibir las caricias de las auras y el fecundante beso del sol, pero ella depende de un tallo que tiene sus raicillas en el limo del fondo; así el hombre, cuya ascensión costosa de la ignorancia al conocimiento de la luz y de la verdad tiene que pasar por diferentes medios y etapas que constituyen su evolución, comienza arrastrándose en el limo donde fermentan todos los vicios y se acumulan imperfecciones y sube en fuerza de su progreso espiritual al través de los planos materiales en que se mueve hasta alcanzar su perfecta transformación en las regiones de lo divino.

La muerte no es más que un paréntesis de la vida y en ese traspaso temporal al más allá, nuestro espíritu, al igual de la emblemática corola del loto blanco, expande sus alas en el infinito y recibe el goce de las experiencias que acaba de pasar, acrisolando el oro puro de ellas, para formar su bagaje de regreso al mundo de las formas. Razón hay, pues, muy de sobra, para venerar la memoria de los muertos. Si respetamos la vida y estamos obligados a cultivarla como un don precioso que el Creador nos confía, haciéndola dichosa para nosotros mismos y para los otros, deberemos amar mucho más a aquellos que han partido y supie-

ron cumplir con denuedo sus deberes en este mundo; y ante ese misterio que encierra la muerte, nuestro silencio ha de sustituir a cualquier juicio sobre ellos, pues al través de las edades, esos eslabones al parecer rotos de la gran cadena humana, están sin embargo tan unidos como siempre y solamente es por el velo de nuestra ignorancia que no tenemos de ello plena conciencia.

Todos los pueblos, desde la más remota antigüedad, han venerado sus muertos y ese sentimiento tan justo como conveniente a la moralidad y perfeccionamiento sociales, ha tenido un desarrollo más intenso entre las razas asiáticas. Testigos elocuentes de ese respeto y glorificación son los monumentos erigidos por las distintas razas para perpetuar la memoria de los grandes hombres; el continente americano oculta en sus selvas vestigios de monumentos de antiquísimas generaciones y los ídolos, grandes y pequeños son los representativos indudables de sus grandezas; el Egipto encierra todavía mudos y portentosos tesoros de sus venerados Faraones, que unieron al poder político vastos conocimientos de ciencia oficial y hermética; el Japón, entre los de raza amarilla, nos da pruebas fehacientes de lo que puede en la cultura de una raza la obligación para la familia y para el pueblo la glorificación de sus antepasados, como Reyes, como padres y como hermanos, quienes continúan siendo después de muertos, sus directores, protectores y aun más, sus dioses tutelares. Ese pueblo laborioso ha comprendido muy bien el culto de la familia, haciendo más sólida la fraternidad entre los suyos y fundiendo en un solo bloc la energía de su raza, por cuya razón cualquier sacrificio en aras de la Patria les parece menos cruento que a otros pueblos. Ello contribuye a mantener la unidad en la acción de la raza a tal punto, que ya se perfila en el horizonte de los siglos venideros el puesto que como pueblo dirigente le está reservado por el destino, según piensan los que han estudiado de cerca sus elementos y disposiciones.

El culto de nuestros antepasados ha de agruparse a los demás cultos. En la familia debemos honrar a nuestros progenitores manteniendo vivo el amor y gratitud que merecen; por la Patria debemos elevar y enaltecer a los hombres que por ella se han sacrificado y haciéndolo así enalteceremos también el concepto que merecemos a los otros pueblos.

El espíritu de H. P. B. habrá de cernirse apaciblemente hoy entre nosotros al llamado de nuestra recordación cariñosa y gozará profundamente de la infinitud de su obra. Esta Rama que en memoria de nuestros antepasados precolombinos quisimos llamarla Teotl, reverencia, con su hermana Aleteya, el alma de quien en un eslabón de las vidas humanas se designó H. P. B.

Para terminar esta breve pero sincera expresión de mi sentir, en nombre de la Rama que me honra con presidirla, doy muy expresivas gracias a las personas que bondadosamente se han prestado para celebrar con sus delicadas notas de arte musical, la festividad de esta noche, cuyo recuerdo se hará más grato por ello.

J. MAX. OLANO

Angelita García Peña demuestra cada vez más sus felices dotes de artista en los diferentes festivales en que toma parte, ya ejecutando en el piano ella sola o ya acompañando a otros artistas de mérito en el canto y en la música.

En la fiesta a que venimos aludiendo tomó parte esta joven artista en el gran dúo de violines sobre motivos de la ópera Lucía de Lammemoor, tocando en compañía de los señores Francisco y José López Navarro; el efecto que produjo esta ejecución fué agradabilísimo, siendo recompensado con atronadores aplausos. Esta composición musical es una de las producciones más acabadas del maestro Aberle.

Una agradable sorpresa nos dió doña Mirta de Tinetti, quien sin duda pertenece a una familia privilegiada por el arte.

Doña Mirta supo interpretar con verdadero sentimiento las dos preciosas canciones que entonó con voz bien timbrada, fresca, clara, llena y melodiosa.

Los aplausos coronaron su triunfo.

La niñita Teresita Avilés, con bastante gracia y corrección, recitó la hermosa poesía titulada «La primera piedra». Fué también colmada de aplauso por el buen desempeño de su papel en aquel acto, clausurado por el doctor Vicente Cortés Reales con un discurso que fué una pieza literaria digna de mérito y que no publicamos hoy por falta de espacio.

Párrafos del discurso de clausura pronunciado por el doctor Vicente Cortés Reales

EL discurso del doctor Cortés Reales está escrito con bastante prolijidad y por ser un poco extenso no hemos podido reproducirlo íntegro, sino solamente aquellos párrafos que creímos más interesantes. Dice así:

SEÑORES:

Con conocimientos demasiado superficiales acerca de la materia de que hoy se trata, apenas me he atrevido a participar en este pequeño pero significativo homenaje: y si lo he hecho, ha sido, confiando en vuestra benevolencia, para cumplir con un deber de gratitud para con la maestra que hoy solemnemente recordamos con la más perfecta simpatía, y por corresponder a la confianza de los hermanos que me han designado este turno. Si mi obra satisface ya estoy recompensado: pero si no, que mi intención sea mi mejor excusa.

Mi propósito es decirles algo sobre lo que es la Teosofía, la S. T. y la venerable fundadora de ésta, advirtiéndolos desde luego que cualesquiera errores, incongruencias, o inexactitudes en lo que os diga, son exclusivamente míos y que no se debe en manera alguna hacer partícipes de ellos, ni a mis consocios ni a la Sociedad Teosófica que tengo a mucha honra pertenecer.

Comenzando, pues, os digo que la Teosofía es una ciencia, la ciencia una, resumen de todas las ciencias conocidas y de las que se conocerán y acaso de las que aun no se conocerán, y que

es tan antigua como el mundo. Aunque su nombre actual, como muy bien lo echáis de ver, está en una lengua que comparada con la edad de la humanidad es de ayer, nosotros lo aceptamos no por falta de conocimiento de otros más antiguos bajo los cuales deben haber hallado los griegos las enseñanzas que contiene, si no por falta de otro más nuevo y apropiado. En griego, Teosoffa, según sus componentes, teos, un dios, y soffa, sabiduría, equivale en nuestra lengua a sabiduría en un dios, sabiduría divina; y, retrospectivamente, según el decir de los más entendidos lingüistas, a Brahma Vidya, en el idioma sanscrito del cual confieso ingenuamente no conozco más que algunos nombres; pero ésto no obsta para que insista en afirmaros que la Teosoffa es tan antigua como el mundo, porque sin ser una religión, siendo como es la ciencia de las ciencias, tiene que ser la ciencia de las religiones, y por consiguiente tratar de las relaciones del hombre con Dios, relaciones que naturalmente son tan antiguas como el mundo al cual los teosofistas de todos los tiempos, aun de los más remotos, siempre han atribuido algunos millones de años de existencia, edad que en estos últimos tiempos va siendo confirmada por la ciencia materialista occidental, resultando de ello que la Iglesia que pretende no engañarse ni engañarnos, no nos ha dicho la verdad en este punto, cuando sólo atribuye a nuestro mundo alrededor de 6,000 años de existencia. Pero sea cual fuere su edad, lo cierto es que la Teosoffa, aunque bajo algunos otros nombres, siempre ha sido conocida de la humanidad más o menos generalmente, trasmitiéndose de generación en generación por las tradiciones y velada bajo los ropajes del mito y del misterio que han sido descifrados por quienes han tenido las verdaderas claves para entenderlos.

Sin embargo—no digo por desgracia para la humanidad, porque sin duda no sucede lo que no conviene, dada la perfección de la Ley Suprema—las enseñanzas teosóficas no sólo tuvieron que ceder el campo ante la fuerza de la intolerancia medieval, sino que también fueron ocultadas durante un largo período, hasta que el tiempo fué propicio para que resurgieran a causa de la decadencia religiosa y del nacimiento vigoroso del materialismo científico que, debido a los descubrimientos e inventos del último siglo, amenazaba con echar en el inmenso lago del olvido

las viejas teorías de los gnósticos, cuya consecuencia ineludible habría sido la perdición de la actual humanidad.

Tal es el momento histórico en que surgió el más grande de los personajes del siglo XIX, Mad. H. P. B., quien, según relatos de la señora Vera P. Jelihovsky, «era una persona sumamente notable aun en estos días en que abundan los personajes extraordinarios». Sus obras, aunque poco conocidas del público en general, han dado lugar, sin embargo, a un movimiento espiritual, a una organización fundada en las teorías contenidas en ellas y a las cuales consideran sus discípulos como una «revelación».

Esta organización a que se refieren las palabras anteriores es la S. T., ahora tan conocida y extendida sobre el planeta que habitamos que bien puede decirse de ella lo que hace dos siglos se decía de la grandeza colonial de España, es decir: que no se pone el Sol en sus dominios.

Pero lo que debemos admirar más, no es el campo conquistado sino el tiempo relativamente corto en que se ha realizado la conquista; aunque no podía ser de otra manera, porque en verdad los fines que dicha Institución se ha prometido realizar son tan simpáticos, tan bellos, tan sublimes, que atraen a la humanidad como el aromoso y meliflúo florestal a los alados habitantes del colmenar.

Aunque los fines a que me he referido son ya tan generalmente conocidos, me resisto a callarlos en este momento, para que este mal pergeñado trabajo tenga siquiera de interés los pocos segundos que emplee en exponerlos. Son los siguientes:

I.—Formar un núcleo de la fraternidad universal de la humanidad sin distinción de raza, sexo, credo, clase o color.

II.—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias, y

III.—Investigar las leyes de la naturaleza aun no explicadas, así como los poderes latentes en el hombre.

A los que deseen pertenecer a la Sociedad Teosófica no se les pregunta por sus opiniones religiosas ni políticas, pero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

¡Hermosas finalidades! Todas ellas encaminadas únicamente al descubrimiento y conocimiento de la Verdad. Y es por ello

que el blasón de la S. T. es: NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD.

Como bien lo habréis notado, el primer objeto de la S. T. es, la elevación moral de la humanidad; el segundo, unificar las creencias religiosas, y el tercero ayudarla a conocer y dirigir sus propias fuerzas, para que realice en menos tiempo o más bien en el que debe hacerlo el elevado destino que la espera.

Quedáis, pues, en conocimiento de que la S. T. es un núcleo de la fraternidad universal y de los fines que persigue, para que estiméis en lo que vale la obra que tiene por delante, la obra de H. P. B. a quien ahora dirigimos nuestros pensamientos más simpáticos.

Hay muchos, sin embargo, que confunden la Teosofía con el Ocultismo, pero no hay razón alguna para ello, si descartamos el punto de contacto que la Teosofía como ciencia de las ciencias, tiene con todas ellas; y así tenemos que una persona puede muy bien ser un teosofista perteneciendo o sin pertenecer a la S. T., hasta sin la misma persona saber que lo es, y no obstante no saber algo siquiera de ocultismo; mientras que para ser ocultista verdadero es indispensable ser teósofo consumado, lo que equivale a decir, hombre que sabe Teosofía y sabe también ponerla en práctica en toda su extensión, porque de otra manera, los poderes que alcanzara sólo le servirían para convertirlo en un mago negro, un genio de mal, porque un hombre con poderes superiores a los demás hombres y sin una moral aquilatada que le diese el dominio absoluto de todas las pasiones mundanas, se convertiría muy fácilmente en un personaje semejante al que vulgarmente llamamos Diablo, afirmación que os hago fundándose en la observación hecha de que los más ventajosos inventos del materialismo científico, hasta la vez han causado más males que los bienes que de ellos se esperaban. Ved si no, dirigiendo una mirada a las obras en que han sido empleadas las naves submarinas y aéreas, que no son otra cosa que pequeños cúmulos de modernos adelantos.

También hay otros que confunden la Teosofía con el Espiritismo, y me atrevo también a decir que quizá esto sería bien, si por Espiritismo se entendiera la creencia en la verdadera individualidad inmortal que en cada uno de nosotros se desarrolla, y

no la explicación que los espiritistas dan a algunos fenómenos anormales, pretendiendo que son los espíritus de los muertos, quienes producen dichas manifestaciones para comunicarse en este plano (el físico)—con las personas que ellos quieren o con quienes los invocan.

La Teosofía es sumamente espiritualista, admite ante todo la supervivencia del espíritu, pero niega que los espíritus de los muertos, salvo en casos muy contados, abandonen el lugar en que descansan y vuelvan a este valle de lágrimas a presenciar tantas injusticias, ingraticudes y miserias, voluntariamente, y menos a discreción de cualquiera que quiera invocarlos.

Tampoco quiero decir con esto que niega los fenómenos que los espiritistas pretenden atribuir a los espíritus de los muertos; pero la Teosofía los explica atribuyéndolos generalmente al cuerpo astral del médium o de algunos de los circunstantes y en raros casos a los residuos astrales de las personalidades que fueron y no a su individualidad. Algunas veces también a los elementales o espíritus de la naturaleza.

Los espiritistas, en el afán de defenderse, se encastillan en la superior inteligencia revelada en algunas comunicaciones y en el hecho de que en no pocos casos han relatado hasta hechos ignorados por el médium, por el investigador y por los circunstantes; pero tal defensa es insostenible porque es bien sabido que muchas personas ignorantes en estado de vigilia, una vez puestas en estado sonambólico, han revelado conocimientos de que jamás se habrían creído capaces, así es que la Teosofía explica este fenómeno, diciéndonos que, como el Yo Espiritual de cada uno de nosotros es omnisciente como el Espíritu Universal de que es partícula o reflejo, todo lo ve, siente y sabe, pero que la envoltura material que no es otra cosa que una más grosera vibración, le impide manifestar su saber y por eso, cuanto menor sea la actividad de la materia, como en los estados de sueño, éxtasis o enfermedad, más fácilmente puede manifestar el verdadero Yo su infinita sabiduría. El hecho es semejante a lo que pasa con el agua de un depósito, que tiene la cualidad de reflejar los paisajes del contorno que alcanzan a proyectarse sobre ella y que los refleja tanto mejor, cuanto mayor sea la quietud en que se en-

cuentra y que no los refleja o más bien dicho, que no podemos percibirlos en caso contrario.

Me parece, pues, que basta con lo expuesto para que hayáis comprendido que la S. T. no es una sociedad espiritista y más cuando sepáis que sus mismos reglamentos prohíben terminantemente las prácticas espiritistas y que su primer y principal objeto es la fraternidad y elevación moral de la humanidad.

¿Acaso pensaréis que cómo se podrá lograr tal objeto?

A esto os digo: que aunque la obra es colosal y difícil su construcción, no lo es así la respuesta. Es la siguiente:

La Teosofía nos enseña que la humanidad es un solo cuerpo como si dijéramos un solo block, con un mismo origen y un mismo fin y que cada uno de nosotros no es más que un componente de ella; como si dijéramos, un átomo del gran cuerpo cuyo destino comprende el destino de cada una de sus partes, y que por consiguiente es necesaria la buena armonía y cooperación de todas las partes para que ese todo llegue a realizar su verdadero fin, llegue a ser aquello que debe ser; porque de lo contrario se destruiría antes de tiempo, como caería en ruinas un edificio antes de terminarse, si las diferentes partes o piezas empleadas en su construcción en vez de darse fuerza y estabilidad todas entre sí, las unas sólo sirvieran para cargar inútilmente a las demás y para desplomarlas.

Y para ejecutar este trabajo las enseñanzas teosóficas nos dicen que debemos hacerlo por medio del pensamiento, de las palabras y de las obras, cumpliendo estrictamente aquellas máximas: No hagáis a otro lo que no os agrada que te hagan. A tu prójimo como a ti.

Procediendo así, cuando lleguemos siquiera a tener las cualidades negativas de: No pensar mal de los demás; de no hablar mal de ellos, ni hacerles obra alguna que los perjudique, ya habremos recorrido la mitad de la jornada.

El efecto de lo dicho se concibe muy claramente. Se funda en que nadie puede cosechar otro fruto distinto de la simiente que cultive. En que así como el que cereales siembre, cereales cosechará; el que flores cultive, flores recogerá; y el que mosotes o abrojos deje crecer, sus frutos le molestarán, así en los demás órdenes de la vida, cosechará según lo que cultive; así sucederá

que si pensáis bien de todos, nadie pensará mal de vosotros; si vuestras obras son buenas para todos, nadie os hará mal. Y si a pesar de proceder así hay quien os haga cosa distinta, no os enfadéis, sufrid con resignación, porque el mal que veis es un bien que no comprendéis: estáis pagando algo que acaso no recordáis deber, y pagar es un bien para el que debe, porque deja de ser esclavo de un compromiso. Por eso Jesús, el Cristo, dijo: Haced bien a los que os hicieron mal. Y es que en realidad, aquel mal aparente que nosotros vemos es para nuestro bien: es realmente un bien.

*
* *

REPRODUCCION

El Sendero del Discipulado

(Continuación).

CAPITULO II

Cualidades requeridas para el Discipulado.—Control del pensamiento.—Meditación.—Formación del carácter.

(Traducido especialmente para la *Revista Teosófica Chilena*).

VAMOS a tratar ahora de lo que se refiere a las cualidades necesarias para poder ser discípulo.

Séame permitido llamar vuestra atención sobre la reencarnación y la manera por medio de la cual un hombre puede comprender lo que se entiende por discipulado y quedar apto, en seguida, para elegir con entero discernimiento, ese sendero para su vida futura.

Recordaréis sin duda lo que ya dije y la descripción que hice de las diferentes fases de la acción; cómo un hombre empezaba a ejecutar una acción teniendo por objetivo la satisfacción de sus instintos inferiores y el recoger beneficios inmediatos; cómo el Karma Yoga le enseñaba gradualmente a no obrar por los beneficios y la satisfacción de su yo inferior sino únicamente para cumplir su deber, identificándose de tal manera con la

Ley, y tomando parte, conscientemente, en la gran tarea del mundo. En seguida, os dije que había una etapa aun superior a esa, una etapa en la cual el sacrificio no se cumple ya como un deber, sino como un don gozoso de todo lo poseído. Es evidente que cuando es esta la etapa que el hombre quiere alcanzar, cuando cumple con su trabajo, no solamente porque es su deber, sino porque aspira a dar todo lo que tiene y todo lo que es para servir al Supremo, es evidente, como digo, que es ese el momento en el cual le es posible liberarse de todo deseo y de la obligación de reencarnar. Lo que atrae al hombre y le obliga a reencarnar es el deseo: el deseo de gozar en el mundo de los bienes que en él se pueden encontrar, el deseo de llevar a cabo todos los actos que en él se pueden efectuar. Todo hombre que tiene objetivos terrenales y que a ellos dedica su existencia, es evidente que está encadenado a sus deseos. Siempre que esos deseos se dirijan hacia los bienes que la tierra puede dar, tendrá que volver al mundo para satisfacerlos; siempre que uno solo de los goces y una sola de las cosas que pertenecen a la vida pasajera, a la vida física de la tierra, tenga el poder de atraerlo, también tendrá el poder de encadenarlo. En otros términos, todo deseo encadena el alma y la obliga a venir al lugar donde este deseo pueda ser satisfecho.

El hombre es de una naturaleza tan divina, es tan parecido a un Dios, que la fuerza que emana de él y a la cual damos el nombre de deseo, contiene en sí misma el poder de satisfacerse. Lo que él desea lo obtiene; lo que desea, la naturaleza se lo concede en el momento oportuno. De manera pues, que, como se ha dicho, el hombre es dueño de su propio destino y todo lo que él pida al Universo, el Universo se lo ha de dar. Natural-

mente, él cosechará los frutos de sus deseos en la parte del Universo a la cual ellos pertenecen, de manera que si desea las cosas de la tierra, tendrá que volver a ella para que sus deseos puedan ser satisfechos. El hombre está encadenado a la reencarnación por todos esos deseos que no pueden ser satisfechos sino en este mundo transitorio y pasajero, y que perduran más allá de la muerte; los mundos transitorios que se encuentran más allá de las puertas de la muerte, nos devuelven, como lo sabemos, a la reencarnación en este mundo, de manera que si las aspiraciones del hombre no tienen como objeto los goces de Svarga, si él espera cosechar los frutos de su vida en este mundo físico o en otro de condición tan transitoria como éste, si se priva de los goces terrenales sólo con la idea preconcebida de alcanzar la bienaventuranza de Svarga, los goces que allí encontrará, serán la recompensa ganada por sus sacrificios, y esa recompensa le será acordada con toda oportunidad.

Pero como Svarga es también algo transitorio, se encuentra con que ha elegido la Vía designada bajo el nombre de Sendero Lunar, el camino que lleva a la reencarnación; pues recordaréis que está escrito que «La Luna es la puerta de Svarga», y desde allí, el alma vuelve al mundo terrestre de los hombres. Resulta por lo tanto, que un deseo, ya sea que deba ser satisfecho en este mundo o en otro igualmente transitorio, encadena el alma a la reencarnación, y por esta razón se ha dicho que el alma no puede alcanzar la libertad, sino después «que los lazos del corazón hayan sido rotos».

La liberación lisa y llana (por un período) puede ser alcanzada por medio de esta sola destrucción del deseo.

Sin llevar a cabo ninguna obra de naturaleza parti-

cularmente elevada, sin haber alcanzado una etapa muy avanzada en la evolución del alma, sin haber desarrollado las posibilidades divinas que existen latentes en la conciencia humana, sin alcanzar a las cimas altísimas donde moran los Maestros y los Guías de la humanidad, el hombre puede sin embargo merecer, si lo desea, una clase de liberación que, aunque fundamentalmente egoísta, lo levante bien por encima de este mundo de vicisitudes, y, que rompa los lazos que lo ligan a la vida y a la muerte; pero, obtendrá esto sin ayudar de manera alguna a sus hermanos, a romper sus trabas, y quedar igualmente en libertad; es un género de liberación que aprovecha al individuo, pero no a la masa, una liberación por la cual el individuo se aparta de la humanidad dejándola que sola haga su camino. Tengo el convencimiento de que muchísimos hombres no tienen ideales más altos; que muchos son los que persiguen simplemente su propia liberación, sin preocuparse de los demás. Este objetivo, como he dicho, puede alcanzarse con bastante facilidad. Para ello, basta con reconocer la naturaleza efímera de las cosas de este mundo y la inutilidad de las ambiciones que uno acaricia cada día; pero esta liberación no es sino para cierto tiempo, por un manvantara probablemente, pasado el cual la vuelta es obligatoria. De manera que, si bien liberadas y alejadas de este mundo, las almas se ven en la obligación de volver en un ciclo futuro, a fin de dar un nuevo paso hacia adelante, hacia lo que es el verdadero destino del hombre: la evolución de la conciencia Universal, cuya función es enseñar, ayudar y dirigir a los mundos futuros.

ANNIE BESANT

(Continuará).

(Revista Teosófica Chilena, Valparaíso, agosto, 1920).

Traducido del Boletín de Adyar, por un miembro de la Rama Hiranya.

Algunas palabras sobre la vida interna

SÓLO es divina filosofía la unión espiritual y psíquica con la Naturaleza, la cual, revelando las verdades fundamentales que yacen ocultas en los objetos de sensación y percepción, puede motivar una idea de unidad y de armonía, a pesar de la gran diversidad de encontradas creencias. La Teosofía, por tanto, espera y reclama de los miembros de la Sociedad, una gran tolerancia mutua y caridad de los unos ante las desventuras de los otros; afectuosa ayuda recíproca en la investigación de verdades dentro de cada aspecto—moral o físico—de la Naturaleza. *Y este criterio ético debe ser cuidadosamente aplicado a la vida diaria.*

La Teosofía no ha de ser solamente una colección de verdades morales, un amontonamiento de ética y metafísica, compendiado en disertaciones teóricas. La Teosofía *debe ser practicada* y, por consiguiente, despojada de digresiones sin valor, que no son más que discursos huecos o, a lo sumo, conversaciones gratas.

Que cada teosofista haga solamente su obligación, *aquello que pueda y deba hacer*, y muy pronto la suma de miseria humana, dentro y alrededor de la esfera de acción de cada una de las Ramas de la Sociedad, se encontrará visiblemente disminuída.

Olvidaos de vosotros mismos al trabajar para los demás, y la tarea llegará a seros fácil y ligera.

No os envanezcáis por el aprecio y reconocimiento que los otros hagan de esa obra. ¿Por qué habría de dar ningún miem-

bro de la Sociedad Teosófica, que se esfuerce por llegar a ser Teósofo, valor alguno a la buena o mala opinión que su prójimo tenga de él o de su obra, desde el momento que sabe es ella útil y beneficiosa en sí y para los demás?

Las alabanzas y el entusiasmo humanos, aun en los mejores casos, son efímeros.

De seguro que la risa de los burlones, y la censura de los que miran superficialmente las cosas, subsistirán hasta contrapesar la alabanza admirativa de los amigos.

No despreciéis la opinión del mundo, y tratad de no provocar inusitadamente su crítica, aun cuando sea injusta. Permaneced más bien indiferentes, iguales antes los ataques que ante los elogios, puesto que como los demás nunca pueden conocer a vuestro ser interno, tampoco pueden alcanzarlo con sus apreciaciones favorables o adversas.

Dejad siempre la aprobación o condena de vuestros actos, a vuestro elevado Ser interno, y no a la opinión del mundo.

Los que podáis, entre vosotros, conoceros en el espíritu de verdad, aprended a vivir solos aun entre las grandes muchedumbres que a veces puedan rodearos.

Buscad únicamente la unión y comunión con el dios que está dentro de vuestra propia alma; atended sólo al elogio o la censura de esa deidad, que nunca puede ser separada de vuestro *ser real*, *puesto que es verdaderamente ese dios interno*, llamado la Consciencia Superior.

Llevad a la práctica, sin demora, vuestras buenas intenciones; no dejéis de realizar ni una sola, y esto sin esperar ninguna recompensa y sin pretender siquiera un reconocimiento por el bien realizado.

La recompensa y la gratitud están en vosotros, puesto que sólo vuestro propio *Yo* interno es quien puede apreciar el justo grado y valor de vuestras acciones.

Cada uno contiene en lo más íntimo, la Suprema Corte, el actor, la defensa, el jurado y el juez, cuya sentencia es la única inapelable.

Nadie, mejor que vosotros mismos podrá conocer lo que hacéis, una vez que hayáis aprendido a juzgar a ese *Mismo*, por medio de la luz fija de la divinidad interna, vuestra más elevada Conciencia.

Dejad, por lo tanto, que las masas, ya que de ninguna manera pueden conocer a vuestro verdadero *Yo*, condenen a vuestro *yo* aparente, fundándose en meros espejismos.

La mayoría del Areópago público, está generalmente compuesta de jueces nombrados por ellos mismos, que nunca han tenido otro ídolo permanente que su propia personalidad—su *yo* inferior—. En cambio, a los que en el camino de la vida intentan seguir su *luz interna*, jamás se les verá juzgar y mucho menos condenar a otros más débiles. ¿Qué importa, entonces, que aquellos jueces condenen o elogien? ¿qué importa que os humillen u os exalten sobre un pináculo? Nunca os comprenderían, de ningún modo.

Pueden haceros objeto de su idolatría, en tanto imaginen que sois su fiel espejo, colocándoos sobre el pedestal o altar que os han elevado, mientras les procuréis entretenimiento o beneficio. Nunca esperéis ser para ellos sino un temporario ídolo, que sucede a otro ya desechado, y al que seguirá a su turno otro ídolo nuevo. Vuestra Sociedad occidental no vive sin su kalifa de una hora, al cual no puede adorar por mayor tiempo; y donde quiera que se quiebre un ídolo y luego se le salpique de lodo, no es el modelo lo que la sociedad destroza y rompe; es la imagen desfigurada que ella misma creó según su negra fantasía, dotándola de sus propios vicios.

La Teosofía ha de encontrar su expresión objetiva dentro de un código de vida que todo lo abrace y se halle íntimamente impregnado del espíritu de mutua tolerancia, caridad y amor fraternales. Su Sociedad, como cuerpo, tiene ante sí una tarea que a menos de ejecutarse con la mayor discreción, hará levantar en armas contra ella al mundo de los indiferentes y de los egoístas.

La Teosofía tiene que denunciar la intolerancia, los prejuicios, la ignorancia y el egoísmo, ocultos bajo el manto de la hipocresía. Con la antorcha de la Verdad, que ha sido confiada a sus servidores, la Teosofía ha de esparcir la luz, cuanto pueda.

Debe hacerlo sin temor ni vacilación, haciendo caso omiso de que se la repruebe o condene. La Teosofía, por medio de su órgano vocal, la Sociedad, tiene que decir la Verdad, cara a cara y frente a frente a la Mentira; encerrar al tigre en su madriguera,

sin pensar en las consecuencias ni temerlas, desafiando (*) calumnias y amenazas.

Como *Asociación*, tiene no sólo el derecho, sino el deber de denunciar al vicio y hacer lo posible por enmendar lo malo, ya sea por medio de selectos conferenciantes, o de diarios y otras publicaciones; sin embargo, cuando acuse, lo hará tan impersonalmente como sea posible. Pero sus miembros no tienen *individualmente* tal derecho.

Sus adeptos deben, ante todo, dar ejemplo de una moralidad tan seguramente trazada, como firmemente aplicada, antes de obtener el derecho de señalar, ni aun con bondadosa intención, la ausencia de una unidad ética o de sinceridad de propósitos, en otras asociaciones o individuos.

Ningún teosofista deberá censurar a un hermano, ni dentro ni fuera de la Asociación, ni arrojar manchas sobre las acciones de otros o denunciarlas, para no perder él mismo el derecho de ser considerado teosofista; porque, como tal, tiene que separar su mirada de las imperfecciones de su prójimo, y concentrar más bien su atención en los propios defectos, con objeto de corregirlos y hacerse mejor.

No señale la contradicción entre la doctrina y las acciones de otras personas; pero ya se trate de un hermano, de un allegado, o simplemente de otro hombre, acuda siempre en auxilio del más débil que él, en el arduo camino de la vida.

Los problemas de verdadera Teosofía y su gran misión son:

1º—Establecer los conceptos de Ética más claros e inequívocos, las doctrinas e ideas que más se adapten y mejor satisfagan los sentimientos rectos y altruistas de los hombres; y

2º—Amoldar estas concepciones de manera que sean adaptables a la vida diaria, donde puedan hallar un campo en que se las aplique con mayor equidad.

Tal es la obra común planteada ante todos los que desean actuar dentro de estos principios. Es una tarea laboriosa, que requerirá enérgico y perseverante esfuerzo, pero os conducirá insensiblemente a la perfección, sin dejaros sitio para egoístas aspiraciones, que os llevarían fuera de los límites trazados. No

(*) Pero, no provocando...

uséis de indulgencia con vuestra personalidad, ni comparéis anti-fraternalmente la labor hecha por vosotros, con el trabajo sin hacer de vuestro prójimo en general o de vuestros hermanos de Causa, en particular.

En los dominios de la Teosofía, *nadie está obligado a desbrozar mayor extensión de terreno que la que le permiten su fuerza y su capacidad.*

No seáis demasiado severos para exigir determinados méritos a quienes deseen ser admitidos entre vosotros, puesto que la verdad acerca del actual estado del hombre interno, es exclusivamente del dominio de Karma, y sólo la Ley, que es de siempre y por siempre, testigo de todo, puede tratarlos con entera justicia. Hasta la simple presencia, entre vosotros, de una persona bien intencionada y simpática, es capaz de prestaros magnéticamente cierta cooperación.

Sois los voluntarios que trabajan libremente en el campo de la Verdad, y, como tales, no debéis dejar obstáculos en el sendero que conduce a él.

Los grados de éxito o de fracaso, respectivamente, son los jalones que encauzarán la influencia de los Maestros hacia vosotros, y son las barreras colocadas con vuestras propias manos, entre vosotros y Aquellos a quienes habéis pedido sean vuestros instructores. Cuanto más os aproximéis a la deseada meta, tanto más corta será la distancia entre el estudiante y el Maestro.

Así ha hablado el Maestro. Ahora, a nosotros nos toca contestar a su llamada.

*
* *